



**PANAMA EN LA GUERRA
DE LOS
MIL DIAS**

DR. HUMBERTO E. RICORD

**PANAMA EN LA
GUERRA DE LOS MIL DIAS**

**Premio Nacional
Ricardo Miró, 1986.
Historia**

**PANAMA EN LA
GUERRA DE LOS MIL DIAS**

DR. HUMBERTO E. RICORD

**PANAMA
1989**

A mi esposa: *Elsie Alvarado de Ricord.*

A nuestra hija: *Elde Ricord Alvarado.*

A nuestra nieta: *Elsie Villarreal Ricord.*

**Un pueblo sin memoria
es un pueblo sin historia**

H.E.R.

PRIMERA PARTE

**INICIOS DE LA GUERRA Y
PRIMER AÑO DE ACCIONES**

*"...la guerra que es, en definitiva,
el sufragio de los países bárbaros".*

Carlos Martínez Silva, conservador.

I

Nota Introdutoria

Debido a causas políticas y sociales que no es del caso dilucidar en esta obra, al mismo tiempo que los pueblos del Istmo de Panamá declararon su independencia de España, el 28 de noviembre de 1821, decidieron incorporarse a Colombia (o a la Gran Colombia, que era el nombre inicial de los varios países liberados por Bolívar).

Desde entonces, y hasta 1903, Panamá formó parte del Estado que tuvo su centro gubernativo en la altiplanicie santafereña, y el siglo XIX colombiano fue determinante en los últimos ochenta años del siglo XIX panameño, espacio histórico que se extendió cronológicamente hasta fines de 1903.

La vida política colombiana de la pasada centuria, lo mismo que la de casi todas las nuevas repúblicas hispanoamericanas, nacidas al independizarse de España, fue turbulenta, borrascosa, aunque en el fondo se consolidaba la unidad nacional de cada una de ellas. A lo largo del siglo XIX, se sucedieron nada menos que 23 guerras civiles en Colombia, y varias de ellas repercutieron bélicamente en el Istmo de Panamá, aunque sin gran intensidad a veces. Los partidos históri-

cos de la Patria de Nariño y Santander (el Liberal y el Conservador) también tuvieron en Panamá una beligerancia considerable, y unieron y dividieron a los panameños, que en núcleos sociales importantes habían decidido formar en las filas de uno u otro partido.

No podía ser sorprendente, entonces, que una vez más, la última de las guerras civiles colombianas, con la que se cerró el siglo pasado y se abrió la presente centuria, la más larga y sangrienta de todas, igualmente arrastrara en su vorágine de destrucción y muerte a los liberales y a los conservadores panameños, y que el propio Istmo fuera escenario geográfico de los cruentos altibajos de **La Guerra de los Mil Días** (1899-1902).

Dicha **Guerra** no se desarrolló como una contienda de dos grandes ejércitos (uno liberal y otro conservador), de encuentros más o menos sucesivos en diversos lugares del país, que tuvieron la extensa duración de tres años. Fue una sangrienta guerra civil, fratricida, anárquica, caótica, en la cual grupos armados del Partido Liberal se alzaron casi que simultáneamente en distintas ciudades y Departamentos colombianos, atacando las respectivas guarniciones militares del Gobierno conservador. Estas últimas, diseminadas por todo el territorio nacional, respondieron, cada una, a los alzamientos liberales que se les enfrentaron.

Así, en la forma caótica aludida, transcurrieron las primeras semanas y meses de la famosa **Guerra**, hasta cuando de lado y lado fue posible integrar batallones y hasta ejércitos, que generalmente concentraban, los últimos, unos mil a dos mil hombres cada parte. Pocas veces tanto un bando como el otro pudo ubicar, para una batalla, cinco mil o diez mil hombres, y en muy raras ocasiones los combates comprometieron a unos 15.000 conservadores que, como Gobierno, por regla general disponía de mayor número de soldados, aunque esparcidos, como decimos, por todo el país.

A causa de la circunstancia especial antes descrita, no era fácil que los historiadores pudieran tener una visión exacta y detallada, al mismo tiempo, de las numerosísimas pequeñas acciones de guerra, que se dieron en profusión, sobre todo en los tiempos iniciales de la lucha armada, aunque hubo grandes y memorables combates sobre los cuales, en su desenvolvimiento y demás pormenores, existe un mayor conocimiento histórico.

Conforme a lo expuesto, no parece conveniente ni fructífero el

intento de seguir cronológicamente los hechos de armas que se sucedieron en el dilatado espacio de tres años, y algunas veces será necesario adelantar todo lo acaecido en un Departamento o lugar geográfico determinado, para volver un tanto atrás, en el tiempo, a propósito de los sucesos casi de la misma época, en otras partes. No obstante, nuestro ensayo histórico sobre esta **Guerra** se bordará principalmente en torno al hilo de la cronología.

Fue y ha sido difícil reconstruir, palmo a palmo, todos los eventos bélicos de la denominada **Guerra de los Mil Días**, y mucho más difícil es elaborar hoy una historia más o menos integral de la misma, cuando por el tiempo transcurrido han muerto, desde hace años, los grandes y los pequeños protagonistas de este capítulo de la historia de Colombia y de Panamá; y cuando ya no circula ordinariamente la documentación coetánea o inmediatamente posterior a esos **Mil Días**, que en verdad no fue muy profusa, porque sólo unos cuantos de sus contemporáneos o de sus partícipes escribieron sobre los sucesos correspondientes⁽¹⁾. Sin embargo, tanto en el pasado como en la actualidad es de relevancia enjuiciar históricamente esa contienda civil, tan cargada de sacrificios, de heroísmo y de tanta trascendencia para la República en donde sentó sus crueles y sangrientos reales.

La bibliografía existente sobre el período historiado es, en su mayoría, explicablemente contradictoria, porque fue obra de quienes habían luchado o en el bando azul o en el bando rojo; y cuando menos, proviene de liberales o conservadores interesados en que resplandezca su verdad unilateral, o su condena del enemigo. Todavía en los años cuarenta se publicaban esta clase de versiones, de recuerdos, de memorias, de anatemas y de panegíricos, siempre teñidos con el color de la sangre o con el negro de la tragedia nacional de aquella época. Pocas obras se nutren de objetividad, pero todas son útiles si ahora se escrutan con beneficio de inventario histórico.

Hay relatos de testigos presenciales y de actores que vivieron meses y años en medio de las turbulencias sangrientas de **Los Mil Días**, como son las obras de Lucas Caballero, Víctor M. Salazar, Belisario Porras, Manuel Antonio Noriega y Donaldo Velasco. Pero también se dan obras históricas globales de contemporáneos, como las de Joaquín Tamayo, del Teniente Coronel Leonidas Flórez Álvarez y del Coronel Guillermo Plazas Olarte, cuya monografía titulada **La Guerra Civil de los Mil Días**, parece ser la última (1985) que se ha dedicado a ese período tormentoso, obra bastante imparcial y que in-

cluye numerosos aspectos de la guerra en el Istmo. Los libros aludidos y otros que pueden considerarse como obras mayores, así como las **relaciones menores** por su dimensión y ámbito histórico reseñado, forman el repertorio bibliográfico utilizado como fuentes; a más de la revisión de periódicos de la época y archivos documentales sobre los actos de gobierno en aquellos tres años⁽²⁾.

Mención especial debemos hacer, en beneficio del lector, con respecto a la obra de Jorge Villegas y José Yunis, **La Guerra de los Mil Días** (1978), tal vez la de documentación más completa sobre el tema, aunque no agota la bibliografía utilizable (colecciones de periódicos, Gacetas Oficiales, etc.), ni está exenta de algunos errores de fecha, o de referencias a combates de escasa monta que en verdad no se celebraron.

Toda Colombia, incluyendo a Panamá, tenía unos cinco millones de habitantes. Esa guerra civil costó la vida a más de sesenta mil colombianos (entre ellos, más de cinco mil muertos panameños y considerable número de heridos). Las persecuciones, los asesinatos, las depredaciones de los dos bandos beligerantes, la destrucción y los horrores de esa **Guerra**, también se dieron en suelo panameño y entre hombres nacidos en el solar del Istmo. Pero no hay duda de que ella abonó, **con otras fuerzas históricas no menos importantes**, la secesión de 1903, razón por la cual puede considerarse, legítimamente, que **La Guerra de los Mil Días** es uno de los sucesos históricos panameños de trascendencia, en el inicio del siglo XX. Y es, con toda exactitud, el que abre la historia panameña del mismo.

La historiografía nacional está en deuda con este importante capítulo de la historia del Istmo. Se han escrito numerosos artículos, algunos ensayos parciales y obras algo extensas con relación a diversos aspectos de lo que fue **La Guerra de los Mil Días** en Panamá. Pero el estudio global correspondiente todavía espera el esfuerzo investigador, en extensión y profundidad.

No ha sido nuestra meta suplir tal vacío, para lo cual sería inevitable un grueso volumen. Con menor ambición, tratamos de ofrecer un panorama general, destacando los hechos y las circunstancias protuberantes del período, a través de cuatro ensayos que guardan cierta autonomía de contenido, pero que esa finalidad vertebra y unifica. Algunas secciones podrían publicarse independientemente, sin que el lector pierda la filiación indispensable. Mas hemos intentado que el conjunto brinde una idea clara e integral de **Los Mil Días** en Panamá.

Debemos destacar que la bibliografía colombiana sobre **Los Mil Días** adolece, en buena parte, de explicable parcialidad, en cuanto a los desarrollos de la **Guerra** en nuestro país. No sólo se incurre en errores por carencia de información, sino que también es notorio el menosprecio por los hechos bélicos del Istmo, cuando no un sepulcral e injustificado silencio con respecto a ellos. He aquí una de las raíces de nuestro esfuerzo, por rescatar el indiscutible mérito del liberalismo histórico panameño en esa **Guerra** finisecular, que al mismo tiempo se ubica en las puertas de la nueva centuria.

Deliberadamente, se ha evitado elaborar una obra erudita, con profusión de referencias documentales, en obsequio a la índole conceptual de esta clase de trabajo histórico. Pero donde ha sido necesario o conveniente clarificar o adicionar el texto, o expresar la fuente, hemos consignado la nota respectiva. Si nos hemos apoyado en buena medida en la cita expresa de numerosas fuentes documentales, no es por afán de erudición, sino porque ello suministra al lector un contacto directo con los hombres y con los hechos de la **Guerra**.

Es necesaria la prevención de que ni siquiera por simpatías intelectuales, ideológicas o sentimentales, nos inclinamos por la bandera liberal o por la bandera conservadora. El hecho histórico, el nudo hecho descrito, requiere la precisión de su significado, y también, la explicación de su origen, en el contexto general (político, social, económico y militar), dentro del cual ha surgido. Relato de los hechos, deslinde de su significación y explicación de su matriz histórica, sintetizan la estructura teórica de estos ensayos sobre **Los Mil Días**. Hemos evitado hacer más compleja esta obra, para eludir el extendernos demasiado o restar sencillez a nuestra exposición.

A causa de que Panamá formaba parte de Colombia, desde 1821 el Istmo corrió la suerte de todas las vicisitudes del destino político colombiano —ya lo hemos dicho—, por lo cual los sucesos panameños de **La Guerra de los Mil Días** se ubican y toman cuerpo en el contexto colombiano de esa tragedia colectiva. En general, la contienda armada no fue, en Panamá, una acción bélica de envergadura inferior a las concreciones que ella tuvo en la tierra de los comuneros del Socorro y tampoco constituyó un capítulo aislado de la misma. La vinculación que subrayamos es notoria y la rubrica el suceso de la paz final de **Los Mil Días**, el Tratado del **Wisconsin**, que fue suscrito en la Bahía de Panamá.

Todo ello explica que dediquemos la **Primera Parte** de este ensayo histórico a los antecedentes y causas de la **Guerra** y a sus acontecimientos iniciales en Colombia, como marco general en el que se fraguan y desencadenan los hechos panameños de ese enfrentamiento bélico fratricida.



Rafael Núñez
(1825-1894).

II

Antecedentes, Causas y Estallido

La Guerra de los Mil Días tuvo sus antecedentes directos en el largo período que se inició en 1860, con la derrota de la insurrección conservadora a manos de los ejércitos liberales del General Tomás Cipriano de Mosquera. Esos antecedentes directos llegan hasta 1895 (y el lustro siguiente), cuando fracasa rápidamente la rebelión liberal de este último año. Las pugnas políticas y las guerras civiles mantuvieron a Colombia en el hondón de la anarquía generalizada, con gran afectación económica, durante las cuatro últimas décadas del siglo XIX.

Sin duda que la época anterior a 1860 no puede ser subestimada, pero fue en los ocho últimos lustros del Décimonono cuando se dieron, con fuerza inédita, los rasgos nacionales dominantes que se desbordan al finalizar la centuria. A más de otras motivaciones económicas, religiosas y sociales, dos tendencias políticas divergentes se dividieron, como en muchos de los nuevos Estados latinoamericanos, la adhesión de las mentes preclaras de Colombia, en cuanto a la estructura orgánica del país: el federalismo y el centralismo. Y dos Constituciones simbolizan el apogeo y las fallas de ambos sistemas.

La derrota conservadora de 1860 abrió las puertas de la Constitución de Rionegro (1863), que implantó un federalismo extremo y disolvente de la unidad nacional. Por casi veinte años, esa Constitución y el liberalismo radical dieron rienda suelta a una gran anarquía institucional, sobre todo porque la mencionada Carta creó nueve Estados soberanos (Panamá, Cauca, Antioquia, Bolívar, Magdalena, Santander, Tolima, Boyacá y Cundinamarca), con lo cual dio permanencia y profundidad a la disolución política de la República, que esa Constitución denominó **Estados Unidos de Colombia**.

En contraste en cuanto a organización política, el fracaso de la insurrección radical de 1885, contra el Presidente Núñez, condujo a la Constitución centralista de 1886, y al fenómeno político catalizador denominado **Regeneración** (que inició sus perfiles desde 1880), proclamada y jefaturada por Núñez, que sólo entró en quiebra con su muerte en 1894.

Conviene algunas precisiones históricas, sobre ese turbulento y dilatado período, al que sólo podemos referirnos sintéticamente. Los conservadores apelarían dos veces a las armas (1860 y 1867). Los liberales radicales lo harían en tres ocasiones (1885, 1895 y 1899), y en las tres mordieron el polvo de la derrota. Con prescindencia de detalles en cuanto a la intentona radical de 1895, que fue rápidamente debelada⁽³⁾, el antecedente **político y militar** inmediato (no tanto el cronológico), de **La Guerra de los Mil Días** fue la guerra civil de 1885, que el liberalismo radical emprendió en contra de quien llamaba **el traidor Núñez** y quien en breve tiempo se convertiría en el adalid de lo que él mismo denominaba la **Regeneración Fundamental**.

En pocos lapsos del siglo XIX, los Partidos Liberal y Conservador colombianos actuaron como dos núcleos monolíticos, separados, homogéneos en sí mismos, sobre todo en materia de ejercicio del poder político. Fracciones liberales y conservadoras se aliaron no pocas veces, para enseñorearse de los poderes públicos, entrando en liza contra otros grupos del liberalismo o del conservatismo. En ese rejuergo de elecciones y montoneras insurreccionales, hacia las últimas décadas de la centuria el Partido Conservador tuvo mayor suerte. Lo que dejaba abierta, cada vez, la oportunidad de un alzamiento liberal, productor de la guerra civil, como herencia de las acciones bélicas independentistas de principios de siglo.

Cumplida la independencia que logró el genio militar y político de Bolívar, fueron germinando en las nuevas repúblicas del norte sur-

americano las tendencias que conformaron algún tiempo después el Partido Liberal y el Partido Conservador. A su vez, en el Partido Liberal colombiano se dieron dos polarizaciones que para 1875 ya habían cavado un hondo foso entre ellas: **radicales e independientes** (extremistas y moderados, ala izquierda y derecha, según la jerga política más al uso en nuestros días). Estimulados por esa división, en 1876 los conservadores de Antioquia y del Tolima (luego los del Cauca) se sublevaron contra el gobierno radical de don Aquileo Parra, cabeza oficial del federalismo con Manuel Murillo Toro, pero aquéllos fueron batidos por las huestas del General Julián Trujillo, liberal **independiente**. Rafael Núñez, quien a la sazón era Presidente del Estado de Bolívar y ejercía un gran ascendiente político en la costa del Atlántico, adherido al bando liberal **independiente**, venía en trato con los conservadores insurrectos, los cuales se rindieron a Trujillo, vencedor en el combate de Los Chancos, para propiciar el acceso de este último a la Presidencia de la República (1878-1880).

Como Presidente del Senado, Rafael Núñez dio posesión al Presidente Trujillo y confirmó en su discurso que era el **Deus ex machina** político del régimen, lanzando a la faz del país, en tan memorable oportunidad, su vigoroso y previsor dilema: "**Regeneración Administrativa Fundamental o Catástrofe**". En ejercicio del poder, Trujillo designó un gabinete en su mayoría **independiente** y a Rafael Núñez como Secretario de Hacienda; y en 1879 maniobró efectivamente para desplazar el control político de los radicales en la mayoría de los nueve Estados soberanos. Planteado el problema presidencial, apoyó a Núñez, quien logró la adhesión de los independientes y de muchos conservadores, en contra de la candidatura radical del General Rengifo, ex-Presidente del Estado de Antioquia. Ese grupo conservador tomó ventaja de la división del liberalismo, apoyando a los independientes (a Núñez, entre ellos), a fin de pavimentar el camino de su ascenso al poder. El Partido Conservador, es decir, su núcleo mayoritario, postuló, sin mucho entusiasmo, a Bartolomé Calvo. Núñez fue posesionado por primera vez Presidente de Colombia el 8 de abril de 1880. Durante la campaña había expuesto la idea del **Partido Independiente**, que cobijó a los liberales adversos a las exaltaciones y prácticas fraudulentas del radicalismo cuando estuvo en el poder.

En correspondencia al respaldo del grupo conservador, y siguiendo su hábil estrategia de atraer para su gobierno no sólo a los independientes, sino también a los adversarios en ideas políticas, Núñez designó a varios conservadores en cargos relevantes, lo que para

ellos cancelaba muchos años de ostracismo burocrático. Reformas políticas y económicas ocuparon la atención del Regenerador en ciernes. Logró del Congreso la aprobación de la Ley 17 de 1880, sobre Orden Público, la cual permitía al Presidente intervenir en las turbulencias políticas que habían sido frecuentes en los Estados soberanos, lo que implicaba un debilitamiento del federalismo radical de Rionegro. Además, incrementó el pie de fuerza a cinco mil soldados, para fortalecer un Ejecutivo débil, frente a las tropas de cada uno y de todos los nueve Estados.

Medida de especial significado fue la de aglutinar en su derredor a los independientes que lo habían apoyado, con el nombre de la propia fracción, o sea, **Partido Independiente**. Los ataques de la oposición radical y del Partido Conservador, con el respaldo de la burguesía comercial, por un lado, y las medidas políticas, administrativas, económicas y fiscales de Núñez, por el otro, mantuvieron un clima de permanente ebullición y de agrias y virulentas polémicas, en todo lo cual el odiado y beligerante Presidente no dio ni pidió cuartel, entre 1880 y 1882. Incluso llegó a la ruptura con algunos independientes de poderoso prestigio, como Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán.

Preocupado por la continuidad de su obra de gobierno, Rafael Núñez ni siquiera se detuvo ante la peligrosa exploración de la prórroga inconstitucional de su período, de lo que fue acusado estruendosamente por el General Julián Trujillo, en ese entonces jefe máximo del ejército nacional. Resultaba inevitable, pues, que el poder pasara a otras manos, en el período 1882-1884, y el Regenerador le ofreció la candidatura presidencial, que era prácticamente una elección, a don Justo Arosemena, quien en insólito gesto de honestidad política y consecuencia ideológica, la rechazó por estar en desacuerdo profundo con la Constitución de Rionegro, como se lo expuso a Núñez por escrito. Este dirigió su ofrecimiento al Dr. Francisco Javier Zaldúa, liberal independiente, eminente jurisconsulto, octogenario retirado de la política que no suscitaba animadversiones, y de quien Núñez sería, como ocurrió con la proclamación partidista oficial, Vicepresidente.

Los enemigos del Regenerador decidieron impedir que él dominara en la forma oblicua del interregno proyectado. Los radicales trabajaron hábilmente para malquistar al Dr. Zaldúa con Núñez y demostrándole las proclividades conservadoras del Presidente y la du-

plicidad del ofrecimiento de la candidatura, lograron que Zaldúa se apartara de Núñez y aceptara el apoyo de radicales e independientes unidos ahora contra la persona del Regenerador (1881). Siéndole imposible a éste retirar la candidatura de Zaldúa, Núñez confió en su control de las mayorías del Congreso y en la posibilidad aleatoria de su cargo de Vicepresidente. Valiéndose del Senado, Núñez hizo probar, dos veces sucesivas, varias designaciones ministeriales hechas por Zaldúa, que recayeron en algunos jefes radicales. Su avanzada edad y las amarguras propias del ejercicio del poder causaron la previsible muerte del Dr. Zaldúa en 1883, y Núñez recobró el dominio de la situación política. Pero en vez de asumir la Presidencia, se puso de acuerdo con el señor José Eusebio Otárola, quien ocupó el máximo cargo en carácter de Designado y quien convino en apoyar la candidatura presidencial del Regenerador, para el período de 1884 a 1886. Núñez volvió a **El Cabrero**, su refugio de Cartagena, a fin de aguardar el período electoral.

Entonces los radicales buscaron un candidato que pudiera enfrentársele, con el apoyo del radicalismo, y lo encontraron en el General Solón Wilches, quien como liberal independiente se encontraba en la Presidencia del Estado de Santander. Boyacá y Cundinamarca habían votado contra Núñez en 1880; a esas parcialidades se agregaron en este momento los Estados del Tolima y Antioquia, adversarios del Regenerador, por lo cual el voto de Santander, en manos de Wilches, daba a las aspiraciones de éste, una mayoría de sufragios presidenciales (5 Estados). Prácticamente, los radicales estaban asegurando la derrota de Núñez.

Sin embargo, este nuevo entendimiento entre radicales y el sector liberal independiente vino a constituir una seria amenaza para los intereses del Partido Conservador, que tras meditado análisis de la coyuntura política inmediata, optó por respaldar las aspiraciones de Núñez, lo que hizo por medio de manifiesto público. Los conservadores temían el retorno de la política radical vengativa que siguió a su derrota militar de 1876, y preferían que se fortaleciera la alianza de beneficios recíprocos que ya se había dado con motivo de la primera Presidencia del Regenerador (1880-1882). Este apoyo del Partido del General Manuel Briceño, de don Carlos Holguín, del señor Miguel Antonio Caro y del señor Máximo Nieto, entre otros, resucitaba la candidatura Núñez, desde abril de 1883, con tal fuerza, que pronto cambió el panorama inicial creado por el radicalismo con su adhesión al General Wilches.

En octubre de 1883 ya los Estados de Boyacá y Cundinamarca habían emitido sus votos en favor de Rafael Núñez y se esperaba la noticia de que en la misma forma se manifestarían los Estados de Bolívar, Magdalena, Cauca y Panamá. Únicamente Santander, Antioquia y Tolima sufragaron en favor del General Wilches. Núñez resultaba electo, por segunda vez, Presidente de Colombia, y para el cargo de Designado lo fue el liberal Ezequiel Hurtado.

En otra de sus desconcertantes jugadas políticas, Núñez viajó a Curazao y optó por que se diera posesión al Primer Designado, señor Hurtado, miembro del liberalismo, a partir de abril de 1884, en cuyo gabinete figuró el liberal Eustorgio Salgar. Para mayor desaire del Partido Conservador, que de ese modo renovaba su desacuerdo interno entre nuñistas y antinuñistas, el Regenerador presentó como necesaria la unión del liberalismo, a sabiendas de que ello ahondaba la división conservadora, y que la fracción de este último Partido que lo apoyaba, tendría que plegársele casi incondicionalmente. La posesión de Hurtado, por otra parte, venía a mitigar la máxima acusación radical de que el **desideratum** final de Núñez consistía en entregar el poder al Partido Conservador. En medio de tantas incertidumbres y asechanzas, los radicales propusieron al General Hurtado que, a causa del retardo de Núñez para ejercer su cargo, declarara vacante la Presidencia, y asumiera Hurtado, en propiedad, el poder, con el apoyo del radicalismo.

El Regenerador advirtió que las complicaciones de la situación política exigían que ejerciera la primera Magistratura, y anunció que regresaba a Bogotá, en donde tomó posesión el 11 de agosto de 1884, declarando llegada la hora "de fomentar de algún modo el científico establecimiento de grandes partidos", lo que constituía una amenaza directa para el radicalismo, que tenía el control del Congreso, y una sagaz prevención para todos, liberales y conservadores. De otro lado, la mayoría de los Presidentes de los Estados era adversa al Regenerador, y lo mismo sucedía con los jefes militares, que eran de confianza del radicalismo, por haber sido seleccionados en tiempos de Zaldúa. Las condiciones políticas generales no se presentaban, en realidad, como muy favorables para el señor Núñez. Pero desde el año anterior, en 1883, ya había comenzado a germinar definitivamente en él la gran idea de que era indispensable "la organización de un partido numeroso que tenga por objeto inmediato la reforma de la Constitución", que obviamente no podían ser ni el Partido Liberal ni el Partido Conservador, y mucho menos los radicales, autores y defen-

sores a todo trance de la Constitución superfederal de Rionegro (1863).

Era evidente que Núñez contaba, para sus grandes propósitos de reforma política, con una minoría del Partido Liberal (los independientes) y una mayoría del Partido Conservador, que en los últimos años le habían sido afectas, y con ellas planeaba crear el **Partido Nacional**. Al posesionarse, designó un gabinete de coalición formado por independientes, conservadores y un radical (el radicalismo, después de moroso debate interno, aceptó la cartera ofrecida). Comprendió entonces el Regenerador que a más del poder, necesitaba una coyuntura política, que le permitiera erigirse en árbitro de la política nacional y llevar sus ideas a la realidad. Con gran clarividencia llegó a exponer públicamente que "hay circunstancias en que la guerra es un elemento de renovación o civilización indispensable" y que "la nueva era" política requería "no tanto ya el esfuerzo directo de los amigos, como algún nuevo decisivo error de los adversarios". Ese último y decisivo error de los radicales fue la rebelión de 1885.

La elección del General Eustorgio Salgar, para Presidente del Estado de Santander, cumplida el 27 de julio de 1884, fue anulada por el General Solón Wilches, a causa de la derrota electoral de su candidato y socio comercial Francisco Ordóñez, resultado adverso que había sido generado por la Presidencia de corrupción y violencias del **León del Norte**, como le decían a Wilches. Salgar era el candidato de los independientes, de los radicales y de los conservadores santandereanos. A mediados de agosto de 1884, los radicales se levantaron en armas en Santander, para derrocar al Presidente Wilches, y este suceso se convirtió, después de algunos meses, en la tea que prendió la hoguera de la guerra civil⁽⁴⁾.

El Presidente Núñez designó una comisión mediadora en el conflicto y al mismo tiempo envió un batallón de la Guardia Nacional, al mando del General Juan Nepomuceno González Osma, con instrucciones muy especiales, todo ello en uso de la Ley de Orden Público, aprobada en la primera administración nuñista (1880) y elásticamente aplicada ahora. Las dos fuerzas beligerantes locales, prevenidas por la intervención de Núñez, se pusieron de acuerdo y sometieron a una nueva elección su iracundo diferendo, tratando de bloquear las maniobras del Regenerador. Pero al fin y al cabo, después de la reñida elección en la que hubo mayoría radical, el Presidente interino Narciso González Lineros disolvió la nueva Convención el 12 de noviembre de 1884, por lo cual la mayoría de radicales designó Presi-

dente al General Sergio Camargo, nombramiento que González Lineiros se apresuró a desconocer. Sólo quedaba que los radicales volvieran a declarar la guerra, como en efecto lo hicieron.

Enterados de los primeros sucesos ocurridos en Santander durante los meses de julio y agosto, los radicales de Cundinamarca se pronunciaron en rebeldía contra el Presidente de ese Estado, General Daniel Aldana, el 24 de septiembre de 1884. Entre ellos, Ricardo Gaitán Obeso, que se rebeló en Mosquera y ocupó Guaduas.

En el Estado de Panamá, los disturbios que acompañaron a la elección de Juan Manuel Lambert, en julio de 1884, produjeron el golpe de Estado del General Carlos A. Gónima, la suspensión del Presidente Dámaso Cervera, el apoderamiento del vapor inglés **Morro** por el Gobierno y del buque costarricense **Alajuela** por el General Benjamín Ruíz y el grupo que lo apoyaba, a más del nombramiento del General Ramón Santodomingo Vila, para Presidente del Estado, por el Gobierno central y por una Constituyente panameña. Pero lo que había ocurrido en Santander, también sucedería en Cundinamarca y en Panamá⁽⁵⁾, pues los radicales de ambos Estados insistieron en rebelarse, pasadas las primeras acciones indecisas. Otros tantos pronunciamientos se fueron dando en algunos Estados, y a fines de 1884 la guerra anunciada anticipadamente por los radicales contra Núñez se hizo incontenible, si bien iniciada en la forma caótica y desorganizada que se ha descrito.

Habida cuenta de que sólo abrigamos el propósito de destacar los antecedentes directos de **La Guerra de los Mil Días**, suspendemos la síntesis cronológica en que nos hemos empeñado, a fin de contrastar algunos aspectos de **Los Mil Días** con la rebelión de 1885, porque ello permite una clarificación útil de tales antecedentes.

Muchos de los jefes liberales que de un modo u otro participaron en la contienda armada de 1885, como Foción Soto, Rafael Uribe Uribe, Gabriel Vargas Santos, Aquileo Parra, Benjamín Herrera, Manuel A. Noriega, etc., fueron también protagonistas en **Los Mil Días**, catorce años después, cuando se abrieron las hostilidades en octubre de 1899. De igual modo, importantes jefes militares y civiles conservadores de 1885, como Manuel Casabianca, José M. Campo Serrano, Carlos Martínez Silva, Pedro Sicard Briceño, Luis Morales Berti, etc., tuvieron papel destacado en **Los Mil Días**. Ello demuestra la afinidad generacional de ambas guerras civiles⁽⁶⁾.

En 1885, los liberales radicales entendieron que la división del conservatismo, entre nuñistas y anti-nuñistas, propiciaba la acción bélica, sobre todo porque el radicalismo había perdido el poder desde 1880 (con el mando del Presidente liberal independiente General Julián Trujillo y con el de su sucesor Núñez) y se proponía rescatarlo por medios electorales o poniendo en juego recursos bélicos. Tal situación desencadenó la decisión de los radicales. En 1899, principalmente el grupo radical estaba decidido a lanzarse a la guerra, tomando base en la feroz división del conservatismo, entre conservadores **nacionalistas** y conservadores **históricos**.

Empero, en 1884, las cabezas veneradas del radicalismo y del liberalismo (Parra, Santiago Pérez, Eustorgio Salgar) aconsejaban prudencia y algunos de ellos recomendaban un entendimiento con Núñez. Radicales jóvenes y fogosos como Ricardo Gaitán Obeso y Zenón Figueredo, se apartaban de las consignas cívicas y planteaban la inminencia de la guerra. En 1899 sucedió cosa parecida, pues los liberales **pacifistas** (nuevamente el señor Parra y su Directorio) desaprobaron la acción bélica, y en contradicción los liberales guerreristas como Paulo E. Villar y Rafael Uribe Uribe, se lanzaron improvisada y caóticamente a ella, sin ningún plan estratégico nacional, como tampoco lo tuvieron los radicales de 1885.

Desde 1873, la economía colombiana experimentaba una baja considerable, como consecuencia de la crisis capitalista mundial de ese año. El tabaco, el añil y el caucho, entre los principales productos de exportación, sufrieron una merma notoria. Esta recesión económica acompañó la pérdida del poder de los radicales, en 1878, pero también se prolongó durante el lustro inicial de la década siguiente, por la extinción de las exportaciones de quina y la reducción de los precios extranjeros del café, brindando a la rebelión radical de 1885 una fuerte motivación de descontento general y penurias fiscales.

En 1899, el nivel de la economía nacional colombiana también era crítico. La exportación de café, que en 1896 fue de 13 millones de pesos, bajó en 1898 a 10 millones, por causa de la reducción de precios de ese producto en New York, que alcanzó entonces su más baja cotización. Cuando se posesionó Sanclemente en 1898, la cotización del dólar estaba al 200%, y antes de un año la cotización bancaria era del 463%. El déficit mensual del Gobierno subió a 600.000 pesos. Se apeló al empréstito interno, con altos intereses, y a las emisiones de papel moneda sin respaldo.

Tanto la guerra de 1885 como la de **Los Mil Días** provocaron abiertos actos de intervención norteamericana, dado el interés de los Estados Unidos en el Istmo. Cuando Prestán se levantó en Colón, fuerzas navales norteamericanas desembarcaron, favoreciendo al Gobierno conservador. En la ciudad de Panamá, las fuerzas radicales al mando del General Rafael Aizpuru tuvieron que rendirse el 29 de abril de 1885 al General Carlos A. Gónima y al General Rafael Reyes (quien acababa de llegar, procedente de Buenaventura, de donde salió el 23 de abril), por intimación de las fuerzas norteamericanas, que ocupaban la ciudad. Poco tiempo después, en el sitio de Cartagena, varias fragatas norteamericanas ayudaron a los sitiados y hasta el vicealmirante Jouett exigió a Gaitán Obeso la rendición, lo que fue rechazado valerosa y altivamente por éste.

Después de tan extraordinarias similitudes entre las dos insurrecciones radicales que hemos contrastado, parece evidente que la derrota militar del radicalismo en 1885 dejó en esta fracción del Partido Liberal el más firme propósito de tomarse la revancha, tan pronto fuera posible. Y lo nuevo en 1899 fue la situación política que había creado el curso de la **Regeneración** y su crisis fatal desatada desde 1894, con la muerte de Rafael Núñez.

La enemiga que le habían jurado al Regenerador los radicales de 1885; la oposición de la mayoría del liberalismo y la animadversión de un sector del Partido Conservador no le dejaban muchas posibilidades de triunfo bélico al Presidente Núñez, cuando a fines de 1884 la guerra civil estaba encendida en Santander, en Boyacá y en Cundinamarca. En enero, se extendió al Cauca, al Río Magdalena y a la Costa Atlántica.

Lo más significativo del curso del conflicto armado se concretó en las acciones siguientes:

a) El Presidente Núñez, totalmente acorralado por sus enemigos y adversarios, celebró un acuerdo reservado con el General conservador Leonardo Canal, en cuya virtud el Regenerador ordenaría la entrega de cuantioso armamento a jefes militares conservadores, para que organizaran un ejército llamado **de reserva**. Se comentaba que era posible la defección de la Guardia Nacional, lo que no ocurrió, sino únicamente en cuanto a la sección de esa Guardia acantonada en Cali a órdenes del General Guillermo Márquez, que se pasó al bando radical. Manuel Briceño y Canal dispusieron rápidamente de dos divisiones bien armadas, que entrarían en combate.

b) En Santander y Boyacá las filas radicales sufrieron varios reveses militares. En el Cauca y Tolima, los rebeldes fueron aniquilados por Elíseo Payán y Manuel Casabianca, respectivamente, en los meses de enero y febrero de 1885, siguiendo la estrategia unificada que Núñez puso en manos del General Juan Nepomuceno Mateus. Los radicales nunca se trazaron una estrategia nacional, sino que actuaron cada grupo bélico por su lado, sin coordinación general alguna.

c) La mejor suerte correspondió a las fuerzas de Ricardo Gaitán Obeso, en Cundinamarca y el Magdalena, que ocuparon Barranquilla, después de apoderarse de numerosos barcos y controlar totalmente la navegación en esa importante vía fluvial. Las acciones desfavorables al radicalismo en Santander, Boyacá, Tolima y Cauca decretaron la concentración de los restos de ejércitos radicales hacia la Costa Atlántica, para un asalto final a la sitiada Cartagena. Gaitán Obeso resignó el mando en Gabriel Vargas Santos, que desde marzo de 1885 había iniciado una larga marcha entre Santander y esa costa.

ch) En Panamá, el General Rafael Aizpuru levantó la bandera radical el 16 de marzo de 1885, en la capital del Estado, y en la ciudad Atlántica de Colón, Pedro Prestán se pronunció el 17 de marzo, cuando el General Carlos A. Gónima se desplazó a combatir a Aizpuru. Prestán detuvo al Cónsul norteamericano; amenazó a los capitanes de dos navíos de guerra de la misma nacionalidad y resistió durante ocho horas el ataque de fuerzas enviadas por Gónima, al mando del General Ramón Ulloa, pero se produjo un gran incendio que arrasó la ciudad ese mismo día, 31 de marzo en la noche. Prestán huyó hacia Cartagena, su lugar de origen; fue detenido por los conservadores en Santa Marta; regresado a Colón; juzgado sumariamente por el incendio y ejecutado en la horca el día 18 de agosto de 1885.

d) Las fuerzas radicales sitiaron a Cartagena desde el 25 de febrero de 1885, sitio que duró unos tres meses. Durante ese lapso, las fuerzas conservadoras de los Generales Mateus, Briceño, Rafael Reyes y Guillermo Quintero Calderón, o auxiliaron a los sitiados o se aprestaron a combatir a los sitiadores. El 8 de mayo de 1885 se inició el sangriento asalto liberal a Cartagena. En horas de la tarde, más de quinientos muertos radicales sellaban la derrota de la revolución.

e) Los radicales derrotados se refugiaron en Barranquilla. Reorganizaron sus fuerzas y decidieron regresar al interior del país, por

el Magdalena. El 17 de junio, en El Hobo, a la vuelta de un recodo, los esperaban las fuerzas del General Quintero Calderón, en la barranca llamada **La Humareda**. Los barcos radicales abrieron fuego, que fue contestado por las baterías de tierra. El General Sergio Camargo ordenó un desembarco verdaderamente suicida. El Presidente Pedro J. Sarmiento, de Boyacá; el General Fortunato Bernal; el General Daniel Hernández; Capitalino Obando; Plutarco Vargas; Nicolás Herrera; Luis Lleras y otros jefes liberales fueron acribillados y casi lo mismo le iba ocurriendo a Gaitán Obeso. El sacrificio en vidas fue enorme, yendo a morir todos aquéllos en el pequeño puerto llamado **Banco**, pero el triunfo liberal se logró al terminar el día. En la noche, el buque **Once de Noviembre** se incendió; estalló el botín capturado al enemigo con todos los heridos allí refugiados, y el General Camargo, a la sombra siniestra de la explosión, lanzó el comentario amargo de que había obtenido un triunfo pírrico. Los restos de las fuerzas radicales, que se dispersaron al mando de los Generales Jimeno Collante, Foción Soto y Ricardo Gaitán Obeso, sucumbieron en combates menores y sin posibilidades, excepto el combate del **Arraganal**, librado exitosa y heroicamente por el grupo de Foción Soto y Vargas Santos. Los tres últimos jefes fueron detenidos por los militares conservadores que libraron esas escaramuzas finales.

Al conocerse en Bogotá los resultados de **La Humareda**, esta acción fue tomada como un gran triunfo nuñista. La multitud se congregó en la Plaza de Bolívar, y el Presidente, en alocución victoriosa desde los balcones del Palacio de San Carlos, declaró que "la Constitución de Rionegro ha dejado de existir". Era el mes de agosto de 1885, un año después de la segunda posesión presidencial del **Regenerador**, que había venido esperando la comisión, de parte del enemigo, de un decisivo error. A medida que los ejércitos conservadores triunfantes llegaban a Bogotá, hacían desfiles y las multitudes escuchaban numerosos discursos, como grandes epinicios de victoria.

Por Decreto de 10 de septiembre, el Presidente ordenó a los Jefes civiles y militares de cada Estado que nombraran dos delegados para integrar el nuevo Constituyente⁽⁷⁾. El 11 de noviembre se inauguró el Consejo de Delegatarios, que formaban nueve liberales y nueve conservadores, como un símbolo de la alianza concertada en el **Partido Nacional**. Ese mismo día, el Consejo designó Presidente a Núñez (su tercera designación presidencial), como Vicepresidente al General Eliseo Payán y Designado al General José M. Campo Serrano, quienes provenían del liberalismo independiente. Al darle posesión a Núñez,

Miguel Antonio Caro le dijo: "La Nación os conoce. . . . Ella, aún antes de oiros, tiene plena confianza en vuestros propósitos, en vuestros actos, en vuestra misión providencial". El mismo Núñez llegó a sentirse **providencial**, expresando en una ocasión que tenía el apoyo "de la casi totalidad del país, que, confiando sin duda en mi sinceridad y patriotismo y llena de esperanza en un próximo cambio de suerte, dió apoyo invencible a mi legítima autoridad contra los que desconociendo sus dilatadas raíces, pretendieron derrocarla"⁽⁸⁾.

Las grandes figuras en los debates del Consejo de Delegatarios fueron Felipe Paúl, José María Samper, Rafael Reyes y sobre todo Miguel Antonio Caro. Pero en lo fundamental el Consejo convirtió en normas constitucionales las inspiraciones y los dictados del Regenerador, que desde entonces y hasta su muerte sería el árbitro indisputado y el artífice principal de la vida política de Colombia. La Constitución de 1886, cumbre ideológica e institucional de la **Regeneración**, estableció los Departamentos en reemplazo de los anárquicos Estados soberanos; sustituyó el breve período presidencial de dos años por una Presidencia más eficaz de cuatro años y de elección directa en vez de la elección por el voto de los nueve Estados; también extendió el período del Senado a cuatro años y les reconoció inamovilidad a los Magistrados de la Corte Suprema de Justicia; monopolizó el Ejército en manos del Gobierno central, eliminando los ejércitos de los Estados que habían sido soberanos; restableció la pena de muerte para los delitos atroces; subordinó el interés individual al interés público y social; acogió un intervencionismo estatal adecuado para la época y sus disposiciones transitorias permitieron crear los delitos de prensa y otorgar facultades extraordinarias al Gobierno en materia de orden público (Ley 61 de 1888).

Sin embargo, en la práctica, bajo la férula y bajo los principios contradictorios, agnósticos y místicos a la vez, del Regenerador, se creó un gobierno semi-teocrático, que el propio Núñez presentó en 1889 "con emoción patriótica, en vez de la república anárquica dispersa dentro de sus propios límites, y olvidada de Dios, os presento, digo, la república una e indivisible, bendecida por el Vicario de Cristo"⁽⁹⁾.

El radicalismo estaba vencido, pero no para siempre, por el empeño tenaz de su gran enemigo y adversario, quien había lanzado contra él, en más de una ocasión, dictiones fulminantes: "el fruto de la insensatez de unos colocada al servicio de la perversidad de otros";

o "una asociación de Eróstratos", como lo había expresado cáusticamente el Regenerador.

No cabe duda alguna de que el balance histórico es favorable a la obra esencial de Rafael Núñez, quien impuso con mano firme las bases constitucionales de la unidad nacional de Colombia, cancelando por buen tiempo la anarquía institucional y los excesos fatales del radicalismo liberal, y abriendo las puertas a un desarrollo económico estructural en el país. No obstante, la fiera lucha electoral desatada por el padre de la **Regeneración** y sus métodos de acción política contribuyeron en mucho, en asocio de las actuaciones y reacciones de sus encarnizados enemigos, a emponzoñar el desbordamiento de la política colombiana que arribó al gran desastre sangriento de **Los Mil Días**.

Desde los momentos difíciles de la guerra, la salud de Núñez se había resentido considerablemente, por lo cual hubo de separarse del mando a fines de marzo de 1886, y se retiró primero a Anapoima y después a Cartagena. Al principio, asumió el mando ejecutivo el General José M. Campo Serrano, como Designado; más tarde, el Vicepresidente Eliseo Payán ocupó temporalmente el máximo cargo. Era Payán un caudillo independiente del Cauca, distanciado del radicalismo, pero afecto a la dominación liberal, a la que trató de favorecer, en desmedro de los conservadores. Optó por inteligenciarse con los jefes radicales y aceptó la renuncia de varios Ministros, quienes informaron a Núñez del peligro que se cernía sobre el Partido Nacional. No obstante sus quebrantos de salud, el Regenerador dispuso regresar a Bogotá, y en llegando a Girardot fue informado de un posible intento de golpe, que estaba fraguando Payán. Posesionado de su cargo, Núñez obtuvo del Consejo Nacional Legislativo que revocara el nombramiento de Payán y le asignara una pensión vitalicia. En su reemplazo, el Regenerador propuso a don Carlos Holguín, figura prestigiosa entre los conservadores nacionalistas, a fin de garantizar a éstos que situaciones como la provocada por Payán no se repetirían.

Pero también quiso Núñez asegurar su hegemonía personal, dentro de las difíciles condiciones políticas imperantes: por Ley 77 de 1888, el solitario de **El Cabrero** fue declarado "caudillo de la **Regeneración Nacional**", y se le reconocieron "durante toda su vida las prerrogativas y preeminencias de honor y dignidad que acompañan el ejercicio del mando supremo de la República", así como una pensión anual vitalicia de treinta mil pesos. Otra Ley aprobada en esos mis-

mos días, que se conoció como **Ley ad-hoc**, autorizaba a Núñez, "por motivos de salud", a tomar posesión de su cargo, en cualquier lugar de su residencia, ante dos testigos, cuando así lo quisiera, lo que significaba el ejercicio del poder desde Cartagena, y en su retiro de **El Cabrero**. Estas normas legales, que cuidaban poco de la Constitución y que constituían una especie de viático de extremaunción política, ratificaban que en los seis años que le quedaban de vida el Regenerador tendría en sus puños el destino de la política colombiana, desde el pináculo de su condición de autócrata personal. A pesar de la insistencia del Consejo Nacional Legislativo, Núñez mantuvo ante el Ministro del Tesoro su renuncia a la pensión vitalicia decretada.

Pero en lo que jamás transigió fue en perseguir a los jefes del radicalismo. La ejecución de Prestán no era suficiente, según él, como ejemplo de vindicta pública, y Núñez dio instrucciones para que se procesara sumariamente a Gaitán Obeso. La mayoría de los jueces optó por condenarlo a diez años de cárcel, negándose a condenarlo a muerte⁽¹⁰⁾.

La paz y la obra del gobierno de la **Regeneración** le dieron a Colombia, en los años siguientes a 1886, un fuerte impulso de progreso, pero a la vez la dictadura teocrática de Núñez y Caro conculcó los derechos políticos, erigió en delito la crítica periodística a los funcionarios públicos, aherrojó la educación nacional, desterró a muchos de sus adversarios y a otros les siguió juicio, estableciendo, como era de esperarse, un grueso monopolio electoral en beneficio de los prohombres del régimen.

Empero, la hegemonía dictatorial de Rafael Núñez y la necesidad unificadora del Partido Nacional no podían cancelar los viejos odios históricos entre conservadores y liberales, ni las diferencias de posición política que el Partido nuñista trató de conjurar, ni la pugna interna del conservatismo, ni la oposición radical. Las dolencias físicas de Núñez y el cuadro de su avanzada edad advertían claramente que el precario **statu quo** político dependía de la salud y de la vida del Regenerador, y que la persona de su Vicepresidencia o Designado resultaba de la máxima importancia. La elección presidencial de 1891 vino a ser, políticamente, la Caja de Pandora de la **Regeneración**.

Dentro y fuera del conservatismo, bien pronto se combatió acerbamente al Vicepresidente Carlos Holguín, quien ejercía la Presidencia con gran acatamiento de los directrices emanadas de **El Cabrero**.

Los conservadores empujaban a Holguín, para que desplazara del poder compartido a los liberales independientes, pero Holguín siempre se opuso a tal consigna peligrosa y felona, defendiendo con gran vigor la participación de los independientes. Sin embargo, la papeleta presidencial necesaria para la elección desencadenó la tormenta política dentro de la **Regeneración**. Por todas partes reverdecieron los viejos antagonismos profundos, que únicamente se habían inclinado ante la presencia de Núñez.

El conservatismo histórico, acaudillado por Marceliano Vélez y Carlos Martínez Silva, se reunió con prescindencia de los conservadores nacionalistas y de los liberales independientes, lo que introducía una grave ruptura en las filas del Partido Nacional. Proclamó la candidatura de Núñez para Presidente, y la de Marceliano Vélez, para Vicepresidente. Rafael Reyes, Carlos Martínez Silva, José Manuel Marroquín, José Ortiz y otros respaldaron la nómina.

La mayoría del Partido Nacional, tratando de mantener la cohesión de éste, y por iniciativa de los independientes, proclamó la nómina de Rafael Núñez, para Presidente, y Miguel Antonio Caro, para Vicepresidente. Este último representaba la opinión mayoritaria del Partido Nacional y la corriente más vinculada a la **Regeneración** y a Núñez. No obstante, el nudo hecho de las dos nóminas hacía notoria la división del Partido.

En un comienzo, Núñez rehusó todo compromiso con cualquiera de las nóminas, por lo cual trató de que se llegara a un entendimiento entre los partidarios de una y otra. Por este camino le propuso a Vélez que desistiera de su candidatura. Pero Vélez interpretó la acción de Núñez como un próximo apoyo a la nómina que incluía a Caro y contestó con una negativa de tono desafiante.

En medio de tantos enconos y apasionamientos, quiso Núñez colocar a las fracciones rivales frente a la pared de su fuerte peso y remitió la renuncia de su candidatura al Directorio del Partido Nacional. La reacción que esperaba no pudo ser más elocuente y caudalosa. De todas partes surgieron voces de absoluto respaldo al Regenerador y repudio a los que se le oponían en cualquier forma. El periódico **La Prensa** del 30 de octubre de 1891 editorializó con seguro planteamiento sobre la situación: "La exclusión del nombre del señor Núñez no se admite a la discusión"⁽¹¹⁾.

Núñez y Vélez sostuvieron una acre polémica y en ella el Presi-

dente vitalicio hubo de hacer pública adhesión a la candidatura de Caro, fustigando duramente a Vélez: "El General Marceliano Vélez que se empeña, como es sabido, en arrojar todo a la obra cumplida de la Regeneración y a sus autores, se nos parece a un perro ladrando a la luna".

De este modo, la escisión estaban consumada. Con la renuncia de Núñez a la nómina **histórica**, ella fue reestructurada así: Para Presidente, Marceliano Vélez; para Vicepresidente, José Joaquín Ortíz. No le quedaba al radicalismo otra opción que la de apoyar como lo declaró, la nómina velista. La **Regeneración** tenía a su frente una poderosa fracción del conservatismo y a sus viejos rivales del radicalismo liberal, amalgama identificada en el esfuerzo por desalojarla del poder.

La candidatura Núñez-Caro fue la triunfante arrolladoramente, lo que constituía una espléndida expresión de la popularidad del Regenerador. Pero a la vez, la división del conservatismo se había sellado: históricos y nacionalistas irían profundizando su fuerte desacuerdo, como conservadores. Y los conservadores históricos no quedaban muy lejos de alianzas futuras con grupos liberales.

Otra vez decidió Núñez abstenerse de ejercer la Presidencia, y en su lugar la asumió el Vicepresidente Caro, con la petición explícita de Núñez para que se le diera todo el respaldo, a quien el Regenerador calificó de "la primera ilustración y la primera virtud de Colombia". Pero los enemigos de la candidatura de Caro continuarían siendo, más irreductiblemente aún, los enemigos de su actuación presidencial. La forma inicial del Decreto sobre nombramiento de ministros, en el que Caro utilizaba el pronombre **YO**, fue el punto de partida para una gran campaña de prensa, en que se acusaba a Caro de veleidades monárquicas. Para desdicha del ilustre gramático, poeta y estadista, la oposición enfurecida desenterró una poesía que Caro dedicó a la muerte del Emperador Maximiliano en México, como prueba de sus propósitos monárquicos.

Caro fue siempre un político demasiado combativo e intolerante. Quiso darle un escarmiento a la oposición, con destierros, duras persecuciones, cierre de imprentas y de periódicos. Sin duda que tal reacción presidencial le daba fuerza a la campaña opositora, que pudo blandir como arma la defensa de la libertad. Caro intentó

fortalecer las finanzas gubernamentales por medio de concesiones monopólicas y la del tabaco suscitó una enconada y general crítica. La misma diputación conservadora atacaba denodadamente a Caro, hasta el punto de que todo entendimiento para la normalidad de la obra de gobierno se hacía tan imposible, que Caro, en agosto de 1894, intensamente decepcionado, le dirigió a Núñez un telegrama en el que le decía: " Venga a ver **su** Congreso que yo no puedo con él".

Impuesto de la gravedad de las circunstancias suscitadas alrededor del Gobierno Caro, el enfermo Regenerador quiso poner en marcha una de sus inesperadas y sorprendentes acciones: el entendimiento con los radicales, denunciado con gran sensacionalismo por Aníbal Galindo. También decidió Núñez regresar a Bogotá, pero cuando se preparaba para ello, se le presentaron los primeros síntomas de derrame cerebral, al inmovilizársele un brazo el 6 de septiembre de 1894, y no pudo llegar hasta el fin de ese mes, porque se produjo su muerte el 18 de septiembre.

No es por simple anécdota que hemos venido sintetizando el denso y conflictivo período histórico-político de Colombia, entre 1860 y los años inmediatamente anteriores a **Los Mil Días**. La comprensión adecuada de éstos exige el conocimiento real de los antecedentes relatados, porque tales antecedentes prepararon el escenario general de la última contienda civil colombiana del siglo XIX, en sus hombres destacados, en sus agrupaciones políticas, en sus planteamientos ideológicos, en su clima de disputas agrias e irreconciliables, en la mucha sangre que separó a sus protagonistas principales y anónimos. Basta un solo ejemplo concreto, para que se advierta la necesidad inconcusa de los antecedentes abreviados. La explicación del golpe de cuartel del 31 de julio de 1900, que en plena **Guerra** depone al Presidente titular Sanclemente y reinstala al Vicepresidente Marroquín, la esclarecen la división conservadora entre **históricos y nacionalistas** y las peripecias trágicas de los primeros nueve y medio meses de guerra civil. Sin el peso de estas complejas precipitaciones político-sociales, el golpe del 31 de julio sería incomprendible.

Mirando retrospectivamente la evolución cumplida, no es aventurado sostener que en la pugna política y en la guerra civil de 1885 comienzan a generarse abiertamente el gran conflicto político y la prolongada apelación a las armas que desata el radicalismo a raíz de la muerte de Núñez, como respuesta fatal al hege-

monismo conservador que la **Regeneración** en decadencia le había impuesto a todo el país, y principalmente a su mitad liberal. De 1880, y por espacio de cuatro lustros, hasta 1899, esas dos grandes fuerzas político-sociales de Colombia, van preparando y profundizando las potencias colectivas que desembocarán en la hecatombe general de **Los Mil Días**.

Las dos tendencias políticamente irreconciliables son el trasunto de un fondo de intereses económicos antagónicos. El radicalismo era la vanguardia de una incipiente burguesía mercantil, librepensadora, federalista y dispuesta a la innovación. El conservatismo era la avanzada de una oligarquía aristocrática, urbana y rural, apegada al catecismo, centralista, estacionaria e intolerante. Desde 1860 hasta fin de siglo fueron acumulando desacuerdos, agravios, ofensas, venganzas, odios, sangre y muerte, para llegar al último acto de extrema ferocidad: **Los Mil Días**.

A la muerte de Núñez, continuó ejerciendo el poder su Vicepresidente, don Miguel Antonio Caro, bajo cuya hegemonía se acentuaron el fraude electoral y el desconocimiento de las libertades políticas en contra del liberalismo, por lo cual los radicales de Santander volvieron a levantar las banderas de la rebelión en enero de 1895. Esta aventura bélica fue debelada por el Gobierno nacionalista de Caro en sesenta días, con la intervención espectacular del General Rafael Reyes, quien llevó sus tropas con sorprendente rapidez, desde Puente Nacional hasta Enciso, en un recorrido de 245 kilómetros. Y cuando ese mismo año entraban en Bogotá los ejércitos victoriosos de los Generales Reyes y Juan Nepomuceno Mateus, los jefes liberales escondidos decidían prepararse para una gran revolución, más amplia, más profunda, mejor organizada que todas las anteriores y que fuese garantía de triunfo. El doctor Aquileo Parra y el General Sergio Camargo, curtidos en las luchas anteriores, estaban entre las cabezas ocultas de aquel designio vengativo y democratizador, al mismo tiempo. Preparativos sigilosos en el interior y en el exterior fueron organizados y puestos en marcha.

Sin embargo, unos pocos jefes seccionales del liberalismo, no bien enterados de todo lo que se hacía secretamente, formulaban críticas por lo que ellos consideraban pasividad o demora. Parra y Camargo trataban de contener a los impacientes, impulsivos o impetuosos, pero no fue posible evitar que tales presiones produjeran algunos cambios en el Directorio Nacional y en los Directorios

seccionales y fueran llevando poco a poco a la guerra. Entre las nuevas designaciones, la del Doctor Paulo Emilio Villar, en funciones de Director en el Departamento de Santander, actuó como un fulminante. Pero volvamos a las grandes pugnas políticas de la preguerra.

La lucha política interna de los dos partidos históricos continuaba siendo un hervidero. Como sabemos, el conservador estaba escindido entre **nacionalistas**, a cuya cabeza se encontraba el jefe del Ejecutivo, señor Caro, e **históricos**, dirigidos principalmente por Carlos Martínez Silva y Marceliano Vélez. Desde enero de 1896, los últimos se han distanciado abiertamente del Gobierno nacionalista, publicando su desacuerdo en el documento que denominaron **Motivos de Disidencia**, al que en agosto de 1897 se agregaron las **Bases programáticas**, en las cuales llamaban a la unión de los conservadores, contra aquel Gobierno. En frase categórica, Carlos Martínez Silva expresa que "un histórico es un nacionalista sin sueldo, y un nacionalista es un histórico con sueldo", para calificar el fondo de la división.

Caro ensaya maniobras para perpetuarse en el poder. Tratando de mantener la legalidad de su posible candidatura reeleccionista, da posesión a su Designado, el General Guillermo Quintero Calderón, en marzo de 1896. Pero como este último se ha declarado **histórico**, a los cinco días de ejercer la Presidencia, Caro lo desplaza y retoma el Ejecutivo. En 1897, Caro sigue barajando nóminas que no le resultan.

Los **históricos** tienen gran fuerza numérica y el apoyo de algunos liberales. Para las elecciones que deberfan celebrarse en 1898, postulan a Rafael Reyes y a Guillermo Quintero Calderón. Las maniobras de Caro llevan a éste a la candidatura de Manuel Antonio Sanclemente (un anciano enfermo, de 82 años) y José Manuel Marroquín (de avanzada edad, pues contaba 71 años), a quienes Caro veía como fáciles instrumentos de sus designios.

Las diferencias de los liberales eran de mayor calado político. Unos jefes proponían tomar partido de las disputas conservadoras, apoyar a los **históricos** e ir con ellos al poder: eran los **pacifistas**. Otros propugnaban por la solución bélica, y cuanto antes mejor. Aquileo Parra, Presidente del Directorio, sin descartar del todo la vía insurreccional, estaba de acuerdo con los **pacifistas**. Rafael Uribe Uribe y Luis A. Robles jefaturaban a los **guerreristas**. Sin embargo, la campaña electoral próxima llevó a unos y otros al último esfuerzo

eleccionario, postulando a Miguel Samper y a Foción Soto, como candidatos del radicalismo.

En julio de 1898 debía triunfar, y efectivamente triunfó, la nómina Sanclemente-Marroquín, apoyada por el Gobierno de Caro, quien recordaba con frecuencia esta frase lapidaria: "En Colombia, quien escruta elige". Mas los liberales guerreristas se habían reunido ya, desde junio de ese año, en Zipaquirá (Zenón Figuerdo, Foción Soto, Juan MacAllister, Ramón y Agustín Neira, Pablo E. Villar, Rafael Uribe Uribe y otros), y se escogió el Departamento de Santander, por su mayoría liberal y su posición fronteriza con Venezuela, como teatro inicial de las operaciones. Esos liberales habían gestionado en este último país el apoyo del Presidente Cipriano Castro, quien debía suministrar armas. La comedia electoral vino a favorecer al afán guerrerista. Meses después, en febrero de 1899, en presencia del continuismo de los conservadores nacionalistas en el poder, los liberales partidarios de la guerra se reúnen de nuevo, en Bucaramanga, esta vez para comprometerse en un pacto de "honor personal y militar de cada uno de los firmantes", para "levantarnos en armas contra el gobierno actual, en la fecha exacta que fije el director del partido en Santander, y obedeceremos las instrucciones precisas que dicho director nos comuniqué". Suscribían el siniestro pacto el Dr. Pablo E. Villar (director del partido en Santander), Marco A. Wilches, Rafael Uribe Uribe, Rodolfo Rueda, José María Ruíz, J.F. Gómez Pinzón, Ramón Neira M., Eduardo Padilla Frazer, Zenón Figueredo, Justo L. Durán, Ignacio V. Espinoza, Rogelio López y J.M. Phillips. Lo que profundiza la división del liberalismo, pues Parra renuncia la presidencia del partido, en marzo de 1899, y Uribe Uribe hace esfuerzos inútiles para que Sergio Camargo la acepte, quien se niega a salir de su retiro de Boyacá.

Don Miguel Antonio Caro, asegurada la elección de Sanclemente y Marroquín, trata de continuar ejerciendo el poder, mas debido a la precaria salud del primero, se encarga José Manuel Marroquín el 7 de agosto de 1898, quien toma decisiones propias. Unos dos meses después de posesionado Marroquín, Caro hace venir a Sanclemente a Bogotá, para reasumir la Presidencia, y se retiró luego el Presidente a Anapoima y a Villeta (dos pueblos de la sabana), porque la altura de la capital le ponía en riesgo de muerte. Mientras el Senado (nacionalista) apoya a Sanclemente, la Cámara de Representantes (con mayoría de históricos) se esfuerza por impedir su ejercicio nominal. De esta pugna, se llega al acuerdo, el 3 de noviembre de 1898, de mantener a Sanclemente, con los Ministros que había nombrado

Marroquín. El Ministro de Gobierno, Rafael M. Palacio, es quien verdaderamente actúa en plan de gobernante, y todos los Ministros tienen un facsímil de la firma de Sanclemente, para oficializar sus medidas.

El Dr. José Vicente Concha ha presentado al Congreso un proyecto de nueva ley electoral, para suprimir el monopolio electorero de los conservadores, y los liberales **pacifistas** logran que el Partido se haga una última ilusión, que evitaría la guerra. La Cámara de Representantes aprueba el proyecto pero el Senado no tiene tiempo para considerarlo. Sanclemente se niega a prorrogar las sesiones del Senado, y queda cancelada esta final ilusión del liberalismo pacifista. Cuando estuvo en el poder, el liberalismo radical había hecho otro tanto, por largos años, manteniéndose en el Gobierno con la violencia y el fraude hasta 1880.

Los conservadores, al tanto de la decisión bélica liberal (que es un secreto a voces), continúan ahondando sus reyertas intestinas. Los históricos se dan cita en Bogotá, el 17 de agosto de 1899, en plan de convención formal, y declaran que el Gobierno nacionalista "no corresponde a los ideales, prácticas y aspiraciones del partido conservador, y que en consecuencia los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos". Firman esa declaración Marceliano Vélez, Augusto N. Samper, Emiliano Isaza, Eduardo Posada, José Joaquín Pérez, Ignacio J. Hoyos, Juan B. Pérez y Soto, Jorge Roa y Juan Bautista Pombo.

En esta vorágine de encontrados intereses políticos, la crisis económica se agudiza en el mes de mayo de 1899, al bajar los precios del café, el principal producto de exportación, en los mercados de Nueva York. El déficit del Gobierno alcanza los 600.000 pesos mensuales. Enrique Arboleda C., en un estudio que ha elaborado como jefe de la Oficina Central de Estadísticas, publicado en aquel mes, concluye: "hace días que hemos llegado al camino del desastre". En julio aumentan las emisiones del papel moneda y sube también la tasa de cambio con el dólar. El ejército contaba en 1894 con seis mil hombres; en 1896, subieron a diez mil. Pero las dificultades económicas del Gobierno le obligaron a sucesivos licenciamientos, hasta quedar sólo unos ocho mil, en julio de 1899.(12) El malestar económico agravado avivaba el próximo incendio político.

No obstante su "pacifismo", un sector liberal anticipa que la guerra será el último recurso, en manifiesto de 12 de febrero de

1899, que firman Medardo Rivas, Venancio Rueda y Juan Evangelista Manrique (miembros del Directorio): "Los motivos de malestar social que han venido arruinando la Patria desde hace quince años, subsisten todavía, pues ellos dependen más de los sistemas que de los hombres, más de las instituciones que de los gobernantes, y por eso nos es doloroso anunciar a nuestros conciudadanos que ese malestar no desaparecerá mientras subsista el oprobioso régimen, pues sería ofender el honor de los colombianos pensar que pudieran resignarse a ver destruir la gloriosa obra de nuestros libertadores, sin tratar de evitarlo hasta con el más doloroso sacrificio".⁽¹³⁾

En vista de que el Gobierno no ignoraba los planes liberales, el 18 de julio de 1899 ordena la detención de Uribe Uribe y otros jefes del liberalismo, y decreta el estado de sitio en Cundinamarca (Bogotá) y en Santander. Pero la crisis interna que lo debilita produce contradicciones e inseguridades, y se deja en libertad a Uribe y demás jefes unos días más tarde. En el Panóptico de Bogotá hay unos tres mil liberales prisioneros. Se dan conversaciones secretas, todavía hoy no del todo conocidas, entre algunos jefes liberales y ciertos jefes militares del Gobierno, entre ellos el Ministro de Guerra, el General José Santos, del grupo nacionalista conservador, quien promete alguna ayuda para los beligerentes del día siguiente, como lo revelara más tarde Uribe Uribe, haciendo protesta, con respecto a Santos, de incumplimiento o de una celada. El impulsivo Director del Partido Liberal en Santander, el Dr. Pablo Emilio Villar, uno de los más decididos partidarios de la guerra, considera que la hora ha llegado, y da la orden de los alzamientos para el 20 de octubre en adelante.

Uribe Uribe, convencido de la falta de organización y de la carencia de armamentos, se va a los Llanos, con el fin de que el viejo General Gabriel Vargas Santos, también guerrerrista, lo apoye en una dilación de las actividades bélicas, y acuerdan esa suspensión, para que el partido pueda organizarse militarmente de inmediato. Percatándose de la total improvisación, el General Benjamín Herrera informa a Bogotá que sólo cuenta con sesenta rifles y que si no hay posposición, él y los Generales Benito Hernández y Rafael Leal, "harían por la causa cuanto les fuera posible".

Con una temeridad que muchos guerrerristas consideran delación, Uribe Uribe envía un telegrama a Villar, el 5 de octubre: "Es voz común en el gobierno y en el público que el 20 estallará movimiento revolucionario encabezado por usted como director en Santander. Autorícenos para desmentir la especie". Uribe ha buscado a

Zeñón Figueredo, para que firme con él. Al día siguiente, Villar responde: "Ignoraba la especie; autorizolos formalmente para desmentirla. Afortunadamente su misma publicidad la anula; y el país sabe a qué atenerse, por dolorosa experiencia, respecto de esta clase de anuncios".

Los liberales pacifistas deciden incitar públicamente a sus compañeros para que "conserven una actitud pacífica", "en nombre de los intereses de la causa liberal y los de la patria", en manifiesto de 16 de octubre, que firman Diego Mendoza, Medardo Rivas, Clímaco Iriarte, Roberto Herrera Restrepo, Santos Acosta, José Ignacio Escobar y Juan Evangelista Manrique.

Don Aquileo Parra se esfuerza por detener lo que sería el acto inicial de la guerra, y envía al Coronel Jacinto Vargas para que su sobrino, el General Juan Francisco Gómez Pinzón, no se lance a combatir. El emisario llega tarde, pues este último le informa que está preparado y que ya no puede suspender las hostilidades que abrirá en **San Gil**, del Socorro, el 17 de octubre, como en realidad sucedió.

La guerra civil había estallado, pues, en el Sur de Santander, ese día de octubre. Y rápidamente se levantaron en armas los liberales del Norte de ese Departamento; los de Boyacá, Cundinamarca, el Tolima y la Costa. Nadie pudo calcular el tiempo que duraría la misma; y mucho menos las consecuencias, despiadadas en su mayoría, beneficiosas unas cuantas, miradas las cosas desde el punto de vista colectivo, e imprevisibles y profundas otras, que traería la pavorosa contienda.

Las minorías políticas de Colombia iban a destrozarse, arrasando tras ellas un país agrícola y comercial, explotado por los poderosos de dentro y de fuera. La gran mayoría de los cinco millones de colombianos era campesina. Las reducidas capas medias vivían del empleo público y del servicio profesional. Los gamonales del agro y los comerciantes de las ciudades, en alianza con el capital extranjero, coronaban la pirámide social. Ese campesino empobrecido, miserable, sería el soldado, ya en las filas del liberalismo, ya en los puestos de mando gubernamentales. Ese hombre del campo adhería con fiereza inhumana, salvaje, por intermediación de sus patronos, a las ideas políticas del terrateniente liberal, o a las del gamonal conservador, del cura y su jerarquía, y a las del gobierno. Las condiciones económicas y sociales habían abonado el territorio de la tragedia política nacional.

III

Los Primeros Tiempos de la Guerra en el Interior de Colombia

El Directorio Liberal había venido concertando la organización del alzamiento, para lo cual se requerían armas traídas del extranjero, según las gestiones de agentes enviados con tal propósito, y de liberales exiliados que, por las persecuciones conservadoras, tuvieron que abandonar el país después de la derrota de 1895. No obstante, ya hemos visto cómo la impaciencia de algunos jefes liberales hizo irrumpir las acciones bélicas en octubre de 1899.

En efecto, con alguna anticipación el doctor Paulo Emilio Villar, Director del liberalismo santandereano, ha fijado el 20 de octubre como día general del alzamiento. Las órdenes necesarias han sido cursadas para todos los municipios liberales. Mas las actitudes guerreristas y pacifistas, dentro del liberalismo, y las medidas gubernamentales, hacen que Villar adelante la fecha, aunque sea por unos días.

¿Quiénes son esos jefes liberales que se lanzan a la insurrección? Los pinta admirablemente el escritor Luis Eduardo Nieto Caballero: "No había en los ejércitos de la Revolución sino escasos militares de

carrera. Casi todos los Generales debían la investidura al coraje, a la intuición, al don de mando. Pero eran, en su mayor parte, hombres de hacienda y de almacén, individuos dedicados al comercio y a la agricultura, jefes de hogar, seres tranquilos, amigos de la paz, arrancados a las apacibles labores por el entusiasmo partidista o por las hostilidades del gobierno y de los conservadores, que perseguían la rebeldía en potencia y se arrojaban sobre el nombre liberal, como los toros sobre la capa roja".⁽¹⁴⁾

Juan Francisco Gómez Pinzón, desde su hacienda **La Peña**, es el primero en concertar combate, atacando la guarnición de **San Gil**, en el Socorro, en compañía de los Generales Francisco Albornoz y Rodolfo Rueda. Simultáneamente lo hacen Zenón Figueredo, desde las inmediaciones de la capital, en Nocaíma, y Ramón Neira en Ráquira. Han actuado el 17 de octubre. Pocos días antes, Benjamín Herrera, Benito Hernández y Rafael Leal han avisado a los liberales de Bogotá que sólo cuentan con 60 rifles, pero que harán "todo lo posible". A pesar de no haber firmado los documentos liberales de compromiso bélico personal, Herrera desentierra fusiles escondidos en su hacienda, cerca de Pamplona (Santander Norte); recibe el apoyo de numerosos liberales en Chinácota y auxiliado por los hermanos Emilio y Rogelio López ataca en **El Pinchote**. Igualmente se rebela Justo L. Durán en Cáchira, con sólo 25 rifles y 500 tiros. Los liberales de Tumaco también se lanzan a la lucha.

Todos van a hacer buena la firma que han estampado en el pacto sangriento de Bucaramanga. En Santander, Boyacá, Tolima y Magdalena la acción guerrera ha comenzado casi al mismo tiempo. Tal es el inicio del horrible holocausto que, sin previsión de nadie, se extenderá por espacio de tres largos años. Desde Anapoima, Sanclemente decreta el 18 de octubre el estado de sitio general, pues en julio se decretó para Santander y Cundinamarca.

Las primeras acciones resultan de poca monta. Son las escaramuzas a que obligaban la impreparación liberal, a pesar del tiempo dedicado a la idea fija de la guerra civil. El partido continúa con su división, y frente a los alzamientos improvisados, el desconcierto es grande. La falta de armas era notoria en las fuerzas liberales, y principalmente a ello se debió que las primeras batallas les fueran adversas casi en todas partes.

Por un golpe de sorpresa, los liberales de Barranquilla se apo-

deran el 19 de octubre de cinco barcos gobiernistas, tratando de controlar la navegación del Río Magdalena, importante vía acuática hacia el interior del país. Dos barcos que los revolucionarios dejaron bloqueados en Barranquilla, persiguen a las naves insurrectas; les dan alcance en **Los Obispos** y de noche derrotan la flotilla liberal, a lo que contribuye la celebración alcohólica a que en ese momento se dedicaban los liberales. Es un fuerte desastre, pues en el hundimiento de una draga perecen varios jefes liberales. El 23 de octubre fuerzas liberales que encabeza Aristides Conde atacan en La Pradera, provincia de Palmira. Grupos armados al mando del General Vicente Carrera combaten el 25 de octubre contra fuerzas gobiernistas del General Ancisclo Molano, en el Alto Bledo (Ambalema, Tolima), dejando los liberales 11 muertos, 15 heridos y 8 prisioneros. En Manta rinde la vida el General José Santos Maldonado con otros liberales (Infantino, los Jiménez, etc.). El 28 de octubre los liberales concentran 1.500 hombres, jefaturados por los Generales Gómez Pinzón y Francisco J. Albornoz, en la Mesa de los Santos, y se enfrentan a 800 conservadores, comandados por el General Hernández, encuentro que registra la segunda seria derrota liberal. El 29, las guerrillas de Tulio Varón, en número de 200 hombres, atacan el puerto de Girardot, y son rechazados por el General Pedroza. El mismo día, las fuerzas de Gómez Pinzón, en Piedecuestas, son derrotadas por los conservadores que manda el General Vicente Villamizar.

En los primeros días de noviembre, se dan otros combates. El primero, las fuerzas gobiernistas que comanda el General Federico Tovar vencen en el Alto del Conejo, Corralejas y Golconda a los revolucionarios del General David Tovar, con bastantes muertos y heridos. El día cuatro, el General Zenón Figueredo y sus huestes liberales son rechazados al intentar la ocupación de Facatativá, pero después los revolucionarios se dirigen contra Anolaima. Al día siguiente, el valeroso Figueredo se enfrenta en Nocaima a los conservadores que dirige Floro Gómez, y muere Figueredo al lado de 40 liberales y 24 heridos. El seis, por fin triunfan los liberales que manda el General Caicedo, en Notagaima, apoderándose de esta población, de Chaparral, Ortego y Coyaima.

A causa de los desastres liberales, un grupo de pacifistas de Bogotá le escribe a Sanclemente, que está en Anapoima, solicitándole intentar una conciliación para terminar la guerra. Suscriben la petición J. Salgar, Juan Rudas, Santos Acosta, Aníbal Currea, M. Garcés y J.M. Cortés. Sanclemente les responde al día siguiente, 8 de

noviembre, que los alzados "son rebeldes en el Código Penal" y que buscar una conciliación equivaldría a "un acto de debilidad". En esa misma fecha, los liberales de la Costa son derrotados en Piojó.

Por todo lo anterior, a fines de octubre y comienzos de noviembre, los liberales, principalmente desde Boyacá, vinieron a concentrarse en el Sur de Santander, con las fuerzas comandadas por Gómez Pinzón, y en la Mesa de los Santos formaron un solo ejército, al mando del General Rafael Uribe Uribe, uno de los jóvenes Generales más intrépidos, político y congresista fogoso, entre los más decididos a la lucha, sin importarles a Uribe las condiciones desfavorables que se palparon en un comienzo.⁽¹⁵⁾

El ejército unificado en la Mesa se aprestó para asaltar y ocupar la ciudad de Bucaramanga, lo que trató de hacer el 12 de noviembre con grandes sacrificios en vidas humanas (se calcularon mil muertos y 500 heridos), y entre ellas la de Juan Francisco Gómez P., tan empeñado y bravo desde cuando él mismo había dado inicio a las hostilidades de la guerra, pocas semanas atrás. A falta de armas suficientes y de preparación adecuada, el liberalismo confió en vencer por su arrojo y empuje sangrientos. Esta actitud verdaderamente heroica, pero inútil, iba a caracterizar buena parte de las hostilidades bélicas, desde el principio hasta el fin de la espantosa guerra.

Al mismo tiempo que en Bucaramanga, desde mediados de noviembre en adelante se producían encuentros en el Tolima (San Luis), Sasaima, Chaparral, Gachetá, El Papayal, Potosí y Quetame. Estos combates tampoco favorecieron mucho las armas liberales. En el primero de ellos, el 14 de noviembre, en San Luis (Tolima), las fuerzas liberales del General Vicente Carrera son derrotadas por el General Gallo, y muere Carrera.

Aunque con retraso, los resultados de la guerra civil llegaban a los directores del liberalismo en Bogotá, por lo cual, aproximadamente a mediados de noviembre, don Aquileo Parra decidió aprovechar ciertas gestiones de mediación que hacía el cuerpo diplomático de la capital y designó una comisión integrada por el Dr. Lucas Caballero y los Generales liberales Rafael Camacho y Celso Rodríguez O., para que se trasladara a Pamplona, con el fin de proponer un acuerdo de paz a los Generales gobiernistas de alta jerarquía que formaban el Estado Mayor, como eran Jorge Holguín, Carlos Cuervo Márquez, Isafás Luján, Enrique Arboleda y Vicente Villamizar.

Lo más interesante de este fracasado intento es el cuadro de la guerra que don Aquileo Parra le trazó a Lucas Caballero, según lo apunta éste en sus **Memorias**:

“La guerra para el liberalismo ha sido una **débacl**e sangrienta y estéril en que han sido aplastados todos los núcleos revolucionarios de que se tenía noticia: el sacrificio de Figueredo y de Carrera; el desastre de la flotilla de Los Obispos; el aniquilamiento de las fuerzas de José Santos Maldonado y esta espantosa carnicería de Bucaramanga, no deja nada en pie para una lucha que contra nuestras admoniciones algunos jefes liberales iniciaron con una absurda inferioridad de elementos de combate.

“Nada se sabe de Benjamín Herrera, quien nos anunció su casi total carencia de armas y municiones y al respecto el gobierno apenas comunica que los restos de las fuerzas liberales destrozadas en Bucaramanga con Uribe Uribe a la cabeza, siguieron para el Norte, donde se unirán con las de Herrera, si éste se pronunció, para ser todas víctimas en una lucha de una desigualdad aterradora”.(16)

Tal era la situación que imperaba a fin de noviembre, a escaso mes y medio de guerra. Ocurrirán algunos combates más, antes de que se cumpliera el vaticinio del Dr. Parra, mas las fuerzas liberales darían una gran batalla exitosa, con anterioridad a otros triunfos menores y a los golpes de gracia del Gobierno conservador.

Las fuerzas diezmadas en Bucaramanga, del General Uribe Uribe, se dirigieron al Norte, tratando de unirse a las fuerzas de Benjamín Herrera, que había logrado desalojar de Cúcuta a las fuerzas gobiernistas y que organizó un ejército de dos mil hombres ya bien armados, entre los cuales estaban los osados macheteros que viniendo de la provincia de Ocaña había conducido el General Justo Durán.

Desde Pamplona, los conservadores enviaban sus concentradas fuerzas para acabar una vez por todas, como decían, con los liberales arrinconados en el Norte del país. Y a mediados de diciembre, todo estaba preparado, de parte y parte, a fin de librar un combate definitivo, el que tuvo lugar en **Peralonso**, en las cercanías de la frontera venezolana, reñida batalla que se convirtió en el primer gran triunfo liberal.

La historia de la batalla de **Peralonso** ha sido muy controvertida.

Para los liberales, fue un gran triunfo, claro y legítimo. Para muchos conservadores, fue una traición de un par de jefes militares. Las mismas cifras de hombres y pertrechos que se manejan son contradictorias. El historiador militar Coronel Leonidas Flórez Álvarez, en su **Campaña de Santander**, suministra las estadísticas más confiables. Los liberales habían concentrado 3,600 hombres. Los conservadores tenían 6.000 tropas. La inferioridad liberal de municiones era también notoria: 126.500 cartuchos; y por el otro lado, 2,700.000 cartuchos. Joaquín Tamayo, autor de la obra clásica **La Revolución de 1899**, reproduce un telegrama enviado en los días de **Peralonso**, por el Ministro de Guerra, General José Santos, al jefe de los ejércitos conservadores, General Vicente Villamizar: "Reservado y urgentísimo. General Villamizar. El Salado o donde se encuentre. Permanezca a la defensiva. Retírese hasta Pamplona. Deje pasar revolución. Gobierno necesita prolongar estado de cosas, fin circular emisiones, salvar causa. Destruya. Firmado: José Santos".⁽¹⁷⁾

El historiador Flórez Álvarez asevera que Villamizar telegrafió a Santos el adelanto de negociaciones secretas, "que el General Casabianca no debe conocer"; que en vísperas de las acciones, el 13 de diciembre, dos oficiales de Benjamín Herrera comieron en compañía de un grupo de oficiales conservadores, y luego encontraron varias mulas cargadas con municiones muy necesitadas por los liberales; que Herrera dispuso que la documentación personal que él tenía sobre estos hechos no se publicara sino cien años pasados los mismos.

Las acciones se iniciaron el 15 de diciembre y se prolongaron hasta el día siguiente, pero todavía sin decisión final. La superioridad conservadora, en hombres y pertrechos, les daba la ventaja innegable; los intentos liberales por cruzar el estrecho puente del Río Peralonso se frustran sucesivamente; el 16 es herido en una pierna Benjamín Herrera; según explica el General Ramón González Valencia, el General Villamizar le ha instruido para que resista en toda forma, prometiéndole refuerzos que después no envía, a pesar de las súplicas; ya avanzada la tarde del 16, los liberales silencian sus fuegos y los conservadores también, como si la desigual batalla hubiera terminado; Uribe Uribe, al lado de Herrera que yace herido, concibe una acción desesperada: cruzar con un puñado de voluntarios el puente, por sorpresa, y atacar a los defensores de la otra orilla, para inmovilizarlos, y que un fuerte contingente liberal, en formarápida, atravesase el puente y ataque la vanguardia enemiga, mientras el grueso del ejército liberal, los sigue y entabla lucha; no se pierde un minuto

Uribe y responden diez voluntarios; la sorpresa conservadora es total; Uribe lleva dos rastrillones de bala (uno en el saco y otro superficial en el costado superior izquierdo); la vanguardia conservadora, que estaba en descuido, es arrollada; la confusión y el desorden se producen en los ejércitos gobiernistas; el día 17 los liberales van a la carga y destrozan al enemigo dominado por el pánico, pues inexplicablemente el mando conservador había impartido orden de retirada desde la tarde del día anterior; mueren muchos soldados conservadores y caen 900 prisioneros; los liberales tienen 750 bajas. El historiador Flórez Alvarez, no obstante su velada inclinación conservadora, hace dos apuntes de importancia: se ordenó una retirada, cuando los conservadores triunfaban; "el paso del puente fue un hecho que puede denominarse heroico". Lucas Caballero ha confesado en sus **Memorias** que cuando la comisión designada por el Dr. Parra gestionaba en el Ministerio de Guerra los salvoconductos, para dirigirse a Pamplona, el Ministro General José Santos le dijo reservadamente que le comunicara a Uribe que habían precipitado el movimiento sin dar tiempo para preparar el concurso que él (Santos) le había ofrecido, y que luego se había dado la acometida desastrosa a Bucaramanga, pero que si se presentaba la ocasión "de reparar entuertos, siempre estoy listo a cumplir mi palabra". Impuesto Uribe del recado, después de **Peralonso**, le indicó a Caballero que no había tiempo en inquirir "si tales promesas fueron leales o más bien una emboscada".⁽¹⁸⁾ Aparentemente, el Ministro de Guerra, General José Santos, prefería que en vez de un triunfo de los Generales históricos (del conservatismo), ocurriera la victoria de los liberales. Al poco tiempo de **Peralonso**, Santos y Villamizar fueron separados de sus cargos.

Sobre la batalla de **Peralonso**, Flórez Alvarez expresa: "Es a nuestro juicio el acontecimiento de mayor trascendencia, porque este hecho de armas cambió de manera fundamental la situación derrotista de las fuerzas rebeldes, en óptimo entusiasmo".⁽¹⁹⁾

El 24 de diciembre entraron a Pamplona las victoriosas huestes de Uribe Uribe y Durán, ciudad que el enemigo conservador hubo de desocupar, a causa de la derrota de **Peralonso**. Al día siguiente, 25 de diciembre, se les unió el ejército de 1.200 hombres que de los Llanos y Sogamoso traía el célebre General Gabriel Vargas Santos, reliquia de las insurrecciones liberales anteriores (tenía 72 años de edad), a quien los jefes liberales designaron Director Supremo de la Guerra. El 26 de diciembre entraron a Pamplona las fuerzas de Benjamín Herrera. De allí, todos los cuerpos liberales marcharon a Bucara-

manga, desocupada de enemigos, y en donde llegaron a principios de enero de 1900. Después del triunfo de **Peralonso**, el liberalismo dominaba el norte de la República.

Interrumpimos aquí el relato de los hechos bélicos, para tejer algún apunte sobre las diferencias intestinas, incluso personales, que a lo largo de la guerra se produjeron entre no pocos jefes liberales, y que, con otras causas, influyeron en sus fracasos. Ya indicamos que grandes figuras del liberalismo, como Aquileo Parra y Sergio Camargo, se oponían en octubre de 1899 a que se abrieran las hostilidades, ⁽²⁰⁾ sin una preparación más completa y orgánica. Además, durante los días de las primeras acciones, que fueron adversas a la mayor parte de los alzamientos liberales, el Dr. Parra, desde Bogotá, como hemos visto, gestionó la mediación de los diplomáticos extranjeros, para que se pactara un armisticio. Los jefes militares conservadores se opusieron, seguros como estaban de dar en el Norte el golpe final a los ejércitos enemigos, pero fueron sorprendidos por las acciones triunfantes de los liberales en **Peralonso**.

En Bucaramanga, el General Gabriel Vargas Santos quiso reorganizar las fuerzas liberales, para hacer dos cuerpos, cuyos jefes serían Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe. Pero éste se mostró disconforme y hasta disgustado con algunas disposiciones de Vargas Santos, pronunciándose también contra aquellos grandes jefes que habían intentado la mediación diplomática. Incluso el mismo Herrera tampoco se mostraba muy de acuerdo con los principales jefes del liberalismo.⁽²¹⁾ Semanas antes, cuando estabamos en Pamplona, algunas palabras de Uribe Uribe suscitaron un fuerte disgusto entre oficiales de Herrera, y las tropas de uno y otro casi llegan al choque armado. En Cúcuta se repitieron estas diferencias, hasta el punto de que muchos no aceptaban la jefatura de Uribe Uribe y su propio Jefe de Estado Mayor, el General Pedro Soler Martínez, llamaba abiertamente "a desconocer al cobarde de Uribe Uribe". Estas discordias menudearon durante los mil y tantos días del conflicto, y a veces envolvieron a jefes inmediatos de cuerpos de ejércitos, con resultados verdaderamente funestos, aunque desde luego no fueron la causa más poderosa de los desenlaces finales, o de varios reveses.⁽²²⁾

Tres semanas permanecieron las tropas liberales en Bucaramanga, totalmente inactivas, lo que permitió al General conservador Manuel Casabianca reorganizar fuerzas, reuniendo en 20 días un

contingente de nueve mil soldados conservadores. Benjamín Herrera y Uribe Uribe venían instando a Vargas Santos para que persiguiera al enemigo derrotado, pero el Director Supremo se opuso.

A mediados de enero de 1900, y desde Bucaramanga, el General Vargas Santos dispuso llevar los ejércitos liberales hacia el centro del país, a fin de acercarse a Bogotá, la ciudad capital. Pero avisado de que un fuerte cuerpo oficial, comandado por el General Domínguez se dirigía a Cúcuta, que era el centro de las operaciones liberales y por donde esperaban la llegada de material de guerra desde Maracaibo, Vargas Santos ordenó el regreso de todas sus fuerzas hacia el Norte. Herrera iba adelante y triunfó en Gramalote, el 2 de febrero de 1900, protegido por las tropas del General Rafael Leal, con nutrido fuego hacia el enemigo. Uribe Uribe ese mismo día, se colocó frente al ejército del General Domínguez, en Terán, y en un golpe de mano llega personalmente con sesenta hombres hasta el cuartel central del enemigo, apresa a Domínguez y a otros jefes conservadores, y se produce la rendición de todo ese ejército conservador. Pudieron, así, los liberales, concentrarse en Cúcuta, a comienzos de febrero, pensando que pronto llegarían los materiales que vendrían a Venezuela.

Mucho hubieron de aguardarse en Cúcuta los esperados elementos de guerra, los que trajo Foción Soto en el mes de marzo, pero Vargas Santos se había ocupado en estructurar un gobierno liberal en las provincias de Pamplona y Cúcuta, y todo ello consumió 54 días preciosos, desde febrero en la primera ciudad, y entre el 2 de marzo y el 25 de abril, en la última.⁽²³⁾ El Gobierno pudo mover nuevos y poderosos ejércitos, que lenta pero sagazmente fueron rodeando a los liberales, muy inferiores en número. Se intentó nuevamente dirigirse al interior del país, tomando por Salazar, Arboleda, Cucutilla y Bagueche, pero el enemigo conservador había cerrado totalmente el cerco. Una escaramuza en **la Tronadora**, en que los conservadores batieron un grupo liberal de exploración, y un encuentro de la vanguardia liberal, comandada por el General Rafael Leal, con fuerzas conservadoras, dieron origen a un combate empecinado, que fue el inicio de la gran batalla de **Palonegro**, librada entre el 11 y el 26 de mayo, literalmente de día y de noche.

“Aquella batalla —dice el Dr. Lucas Caballero— fue algo descomunal, algo inaudito. Las vidas las derrochaban los combatientes sin cuidarse del instinto. Era increíble que los nervios de los nuestros resistieran quince días de combatir de día y de noche, sin

relevos, casi sin alimentación, y sin sueño. De parte del enemigo fue especialmente admirable la conducta del batallón **Artillería** que mantuvo el orden de formación en la acometida nuestra de 13 de mayo en que pereció casi totalmente.

“Y nuestros dos adalides principales, Herrera y Uribe Uribe, parecían seres fabulosos para quienes la lluvia de balas por entre las cuales cruzaban fuera de entes animados que tuvieron la consigna de respetar su existencia. El uno, siempre al frente de sus legiones para agredir o rechazar al contrario; el otro, después de una carga sangrientísima, inspeccionaba los alrededores, para arremeter de nuevo por el sitio en que mayor destrozo pudiera causar”.⁽²⁴⁾

En esa acción, 21.561 efectivos conservadores se enfrentaron a 7.000 tropas liberales. El General Próspero Pinzón había reemplazado al General Jorge Holguín, en la jefatura del Estado Mayor, y siguió cerrando el círculo que estrechaba a los liberales. Vargas Santos no quería el combate, sino escapar al encierro; pero no pudo evitarlo. El frente de batalla, por ambos lados, es extenso. Los liberales están desplegados en veinte kilómetros, y los conservadores también, sin mayor estrategia de nadie. Ello prepara la inmensa carnicería. Los liberales pelearon enconadamente y estaban ganando durante los días primeros. El 13 de mayo se dan las grandes cargas de Herrera y Uribe, que encabezaban a los macheteros. Pinzón creyó que había llegado el final desastroso, pero Henrique Arboleda hace un ataque desesperado que evita ese desenlace. El combate sigue día y noche, en el campo reseco y extendido de **Palonegro**, siendo prueba, a decir del Coronel Leonidas Flórez Alvarez, de “la masculinidad del colombiano”, del “valor rayano en la temeridad”, “del menosprecio de la vida”. Ya la batalla estaba circunscrita a una lucha estéril en el cerro que después se denominó de **Los Muertos**; debilitadas ambas partes, principalmente los revolucionarios, se impuso el mando liberal de que fuertes destacamentos conservadores venían de Bucaramanga. El 25 de mayo los jefes liberales deciden la retirada de sus restos de ejércitos hacia **Las Bocas y Los Helechales**, batiéndose fieramente al día siguiente para contener una persecución enemiga.

Los liberales tuvieron dos mil bajas entre muertos (1.000, dice Max Grillo) y heridos (1.700, según Grillo); mil prisioneros, y mil cien entre enfermos y desaparecidos. Los conservadores tienen mil seiscientos bajas. En el campo de **Palonegro** quedaron muertos

dos mil colombianos y otro tanto fue herido.⁽²⁵⁾ Cientos de muertos no pudieron ser sepultados, y una gran fetidez envolvía a los combatientes, hasta cuando terminó la lucha.

Acordaron los liberales dirigirse a Ocaña, por la selva del Carare y el Opón, pero un crudo invierno, las asperezas de las montañas y de los desfiladeros por los cuales debían pasar (la llamada Trocha de Ocaña), la falta de alimentos (no pocos murieron de inanición), el hostigamiento de las fuerzas enemigas, cuando no las dificultades del terreno (el General liberal Gaona fue devorado por un tigre), una peste de fiebre perniciosa y mortal que cundió en las filas liberales al llegar a Ocaña, diezmaron por completo a éstas, y en dicha ciudad tuvieron noticia de que Cúcuta estaba sitiada por fuerzas conservadoras, lo que obligaba a dirigirse a Bucaramanga.

Los cuerpos liberales continuaban divididos y a cargo, respectivamente de Herrera y Uribe Uribe, y al iniciar el difícil camino hacia Bucaramanga reciben la información, en Puerto Santos, de que aquella ciudad estaba ocupada ya por el ejército conservador del General Pinzón, quien había triunfado en el sitio de Cúcuta.

Prácticamente las posibilidades de una victoria armada liberal se habían disipado. Sólo quedaba retirarse a la provincia de Zapatoca, siguiendo cada cuerpo una y otra de las márgenes del Río Sogamoso, y librando las acciones defensivas que fueran posibles en esa retirada. Numerosos combates parciales se libraron, en el intento de escapar al gran cerco enemigo, todavía amenazante. Las fuerzas de Benjamín Herrera, próximas al Sogamoso, peleaban en las estribaciones del cerro **Capitancitos**, y Vargas Santos dio la orden de converger al **Pedral**. A su turno, interceptado el grupo de Uribe Uribe, en la **Cuchilla del Ramo**, cerca de Zapatoca, retomó el río Magdalena, pasó a Magangué y se adentró por el Departamento de Bolívar, librando los numerosos combates de esa campaña, frente a las fuerzas superiores del General conservador Pedro Nel Ospina. Finalmente, buscó refugio más allá del río Cauca. Entre tanto, Herrera, desde **Pedral**, se dirigió hacia Bolívar también; avanzó hasta el Brazo de Morales, en el Magdalena, y pasando por Simití, el Arenal, Norosí y las montañas que alcanza el Cauca, se reunió con el General Uribe Uribe, a quien cedió las fuerzas con que contaba, para encaminarse a Cartagena y de allí al extranjero. No le fue fácil a Herrera tal salida, pues con el piquete de soldados que llevaba heroicamente rompió en Eneas el cerco con que una poderosa fuerza enemiga pretendió capturarlos.⁽²⁶⁾

El pequeño grupo de jefes que acompañaba al General Gabriel Vargas Santos trataba de escapar por **Tona, El Páramo** y los ríos Lebrija, Magdalena y Brazo de Morales, sin poder evitar el encuentro con tropas enemigas. En **El Paso** se enteraron de la derrota de los cuerpos liberales que peleaban en el Departamento del Magdalena (acción de Pivijay), optando entonces por ir a Riohacha, donde se habían refugiado los contingentes también destrozados del General Justo Durán. Advertido de que fuerzas conservadoras se acercaban a Riohacha y que por el mar un buque del Gobierno, de que disponía el General Ospina, trataba de completar el encierro, el General Vargas Santos tuvo a bien, con sus acompañantes, ponerse a salvo por la Guajira, hacia Venezuela.

Como dijimos, después de **Palonegro**, la marcha a Ocaña señaló el comienzo del desbande liberal, entre mayo y octubre de 1900. Al final, sólo quedaban partidas diezmadas que no podían combatir; Benjamín Herrera había partido al extranjero por Cartagena, y Vargas Santos había hecho lo mismo, llegando a Maracaibo.

Ya el 28 de junio de 1900, los liberales pacifistas de Bogotá han publicado un manifiesto en el cual le pasan revista a los nueve meses de guerra: "nadie ha logrado hasta ahora realizar su antagónico deseo; nadie ha ganado, si se exceptúan las aves de rapiña"; más de cien combates "han dejado veinte mil muertos en los campos de batalla"; quien gane "reinará sobre escombros y tumbas". Lo firman José María Ruiz, J.M. Quijano W., Santiago Samper, Juan E. Manrique, Andrés Márquez, Venancio Rueda y otros.⁽²⁷⁾

Conviene anotar que estando Herrera y Vargas Santos en **Pedral**, el mes de agosto, ⁽²⁸⁾ tuvieron conocimiento de que, en Bogotá, un golpe de Estado depuso al Presidente Manuel Sanclemente, el 31 de julio de 1900, y que el Vicepresidente José Manuel Marroquín había asumido el Órgano Ejecutivo, signo de sería descomposición interna en el Gobierno conservador. Marroquín y sus amigos caracterizaron al gobierno Sanclemente como "régimen oprobioso e interregno de vergüenza", lo que en cierta forma justificaba la desastrosa insurrección liberal, que llegaba al fin de su primera etapa. Por el lado del nuevo Gobierno, las cosas no irían mejor para los liberales, ni para el ensangrentado país.